

EL BARCO

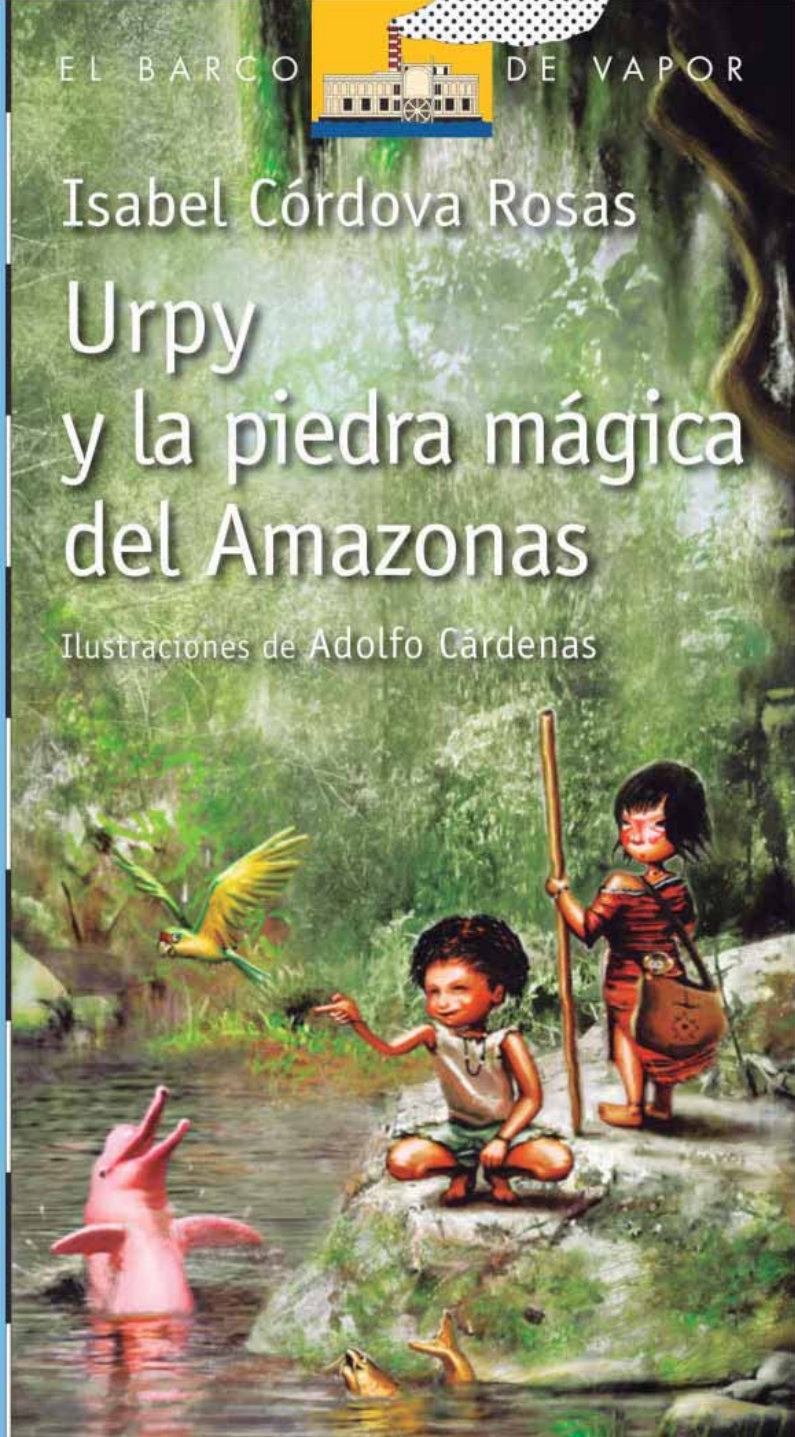


DE VAPOR

Isabel Córdova Rosas

Urpy y la piedra mágica del Amazonas

Ilustraciones de Adolfo Cárdenas



*Urpy y la piedra mágica
del Amazonas*

*Primera edición: junio de 2010
Duodécima reimpresión: noviembre de 2018*

Ilustraciones: Adolfo Cárdenas
Diagramación: Rocel Rodríguez
Retoque digital: José Quijaite
Coordinación editorial: Carlos Maza

© del texto: Isabel Córdova Rosas, 2010
© de las ilustraciones: Adolfo Cárdenas, 2010
© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: (511) 614-8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.
Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,
Breña, Lima, Perú

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-45-4
Registro de Proyecto Editorial: 31501311801034
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2018-15821

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

EL BARCO



DE VAPOR

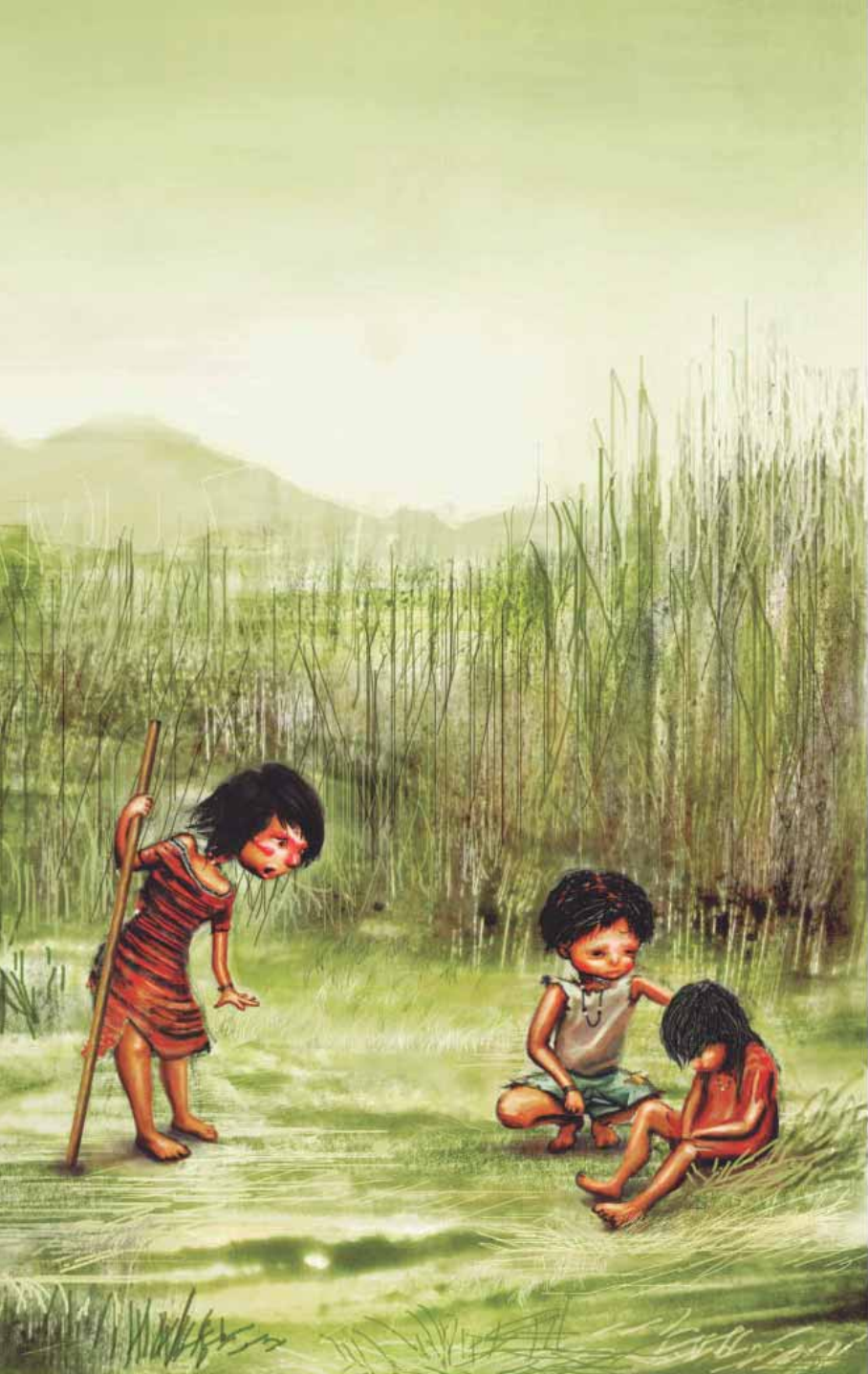
Uropy y la piedra mágica del Amazonas

Isabel Córdova Rosas

Ilustraciones de Adolfo Cárdenas



Salvar a un niño es salvar al mundo entero.



1. *Los fugitivos*

El mundo se paralizó cuando por primera vez el hombre llegó a la Luna y, más aún cuando los astronautas dieron fe de que, desde el inmenso satélite blanco y misterioso, se podían ver: la Gran Muralla China, el monte más alto del planeta, el Everest, y el gran río Amazonas, que desde esa lejanía resplandecía como una serpiente dorada por el Sol del atardecer.

Urpy recordaba lo que su profesora de ciencia y ambiente les había comentado, y no era para menos; ella vivía en una aldea de la selva, frente al río más caudaloso del mundo, el más ancho y uno de los más largos de la tierra: el Amazonas.

Una tarde, después de salir de la escuela, Urpy trepó al árbol más frondoso y grande, que se erguía imponente y señorial muy cerca de su aldea. Se recostó en una de sus ramas,

que la sostenía como si fuera un poderoso brazo. Estaba entretenida viendo cómo, a lo lejos, el río desaparecía entre el verde intenso del bosque y los gigantescos árboles que protegían en sus ramas a las aves de colores, que con sus cánticos alegraban ese universo esmeralda, cuando oyó que alguien pedía ayuda. Pensó que eran loros, especialistas en imitar voces de dolor o de alegría.

—¡Socorro! ¡Ayúdanos, por favor! —la voz era quebrada e imperceptible.

La niña, aguzó la mirada. Miró de un lugar a otro y no vio nada. Saltó con destreza a las ramas más bajas del árbol y pudo escuchar con más claridad los lamentos de dolor que provenían de entre el follaje. Alzó la voz:

—¿Quién es? ¿Dónde estás? —Se deslizó por el tronco, de un salto, y pisó tierra.

—Estamos aquí. Por favor, ayúdanos —era la voz de un niño que llamaba con desesperación.

Urpy se abrió camino entre la vegetación. Subió a un árbol más pequeño que el anterior. Se puso de pie y comenzó a escrutar cada rincón del lugar cuando, de pronto, vio

que algo se movía en la maleza. Bajó sujetándose de las ramas hasta llegar al suelo, caminó con cautela y de pronto se detuvo. Frente a ella estaban dos niños tumbados sobre la hierba, escuálidos, con la ropa raída, que apenas podían hablar.

—¿Qué les ha pasado? ¿De dónde han venido? ¿Cómo se llaman? —eran muchas las preguntas que hacía la niña.

—Mi nombre es Marcelo, y ella —cogió de las manos a la pequeña, que apenas podía moverse— es mi hermana, Pilar.

Urpy cogió entre sus brazos a la niña y luego le dijo a Marcelo que se apoyara en ella para ponerse en pie. Ya de pie, el niño era de su mismo tamaño.

—Mi casa está cerca. No se preocupen —comprendió que los pequeños estaban maltruchos; no era el momento para hacerles preguntas.

Cuando llegaron al poblado, hombres, mujeres y niños los rodearon. El jefe de la comunidad se abrió paso y, después de contemplarlos, habló:

—Estos niños han huido del lugar del “no retorno”.

—¿Dónde queda ese lugar? —preguntó Urpy con preocupación.

—A muchos días, con sus noches —dijo el anciano, con tristeza, sin quitar la mirada a los recién llegados.

—¿Por qué se llama el lugar del “no retorno”?

—Porque los que han ido nunca han vuelto —dijo el anciano y frunció las cejas demostrando preocupación e impotencia—. Esto no puede continuar así. Son muchos los niños que desaparecen de las aldeas. Tenemos que hacer algo.

—¿Por qué desaparecen? —preguntó Urpy con inquietud.

Porque hay algunos hombres perversos que, en las noches de Luna, entran en las aldeas y se llevan a los niños para hacerlos trabajar como esclavos.

—¿Y sus padres no pueden defenderlos? —insistió Urpy—. Mis padres sí que lo harían.

—Son muchos y vienen armados, y si algún familiar o amigo se interpone para evitar que se los lleven, los matan sin compasión.

–Debemos quejarnos ante las autoridades. Ellos los apresarán –intervino Julián, compañero de clase de Urpy.

–Ya lo han hecho los jefes de varios poblados y las autoridades no les creen. Ellos aducen que los niños se fugan de sus hogares para buscar trabajo en las ciudades.

–¿Por qué nosotros no vamos a rescatarlos? –dijo Urpy con determinación.

–Algunos insensatos lo han intentado, pero de ellos solo nos queda su recuerdo –le respondió el anciano.

–Pero algún día iré, señor. Aunque vaya sola, iré. Alguien tiene que hacer algo por nuestros niños –Urpy habló con enfado.

–Ni lo intentes, niña terca –replicó el anciano, abrió los ojos desmesuradamente y luego los cerró con mucha majestad–. Ni lo intentes –repitió.

Los días y las semanas pasaron deprisa. Gracias al cuidado de Urpy y de sus padres, Marcelo y Pilar estaban completamente restablecidos. La amistad entre los niños era cada vez más estrecha.

Una tarde, Marcelo le contó a su amiga toda la tragedia que había pasado con su hermana desde la noche de su secuestro.

—Entraron a mi aldea cuando estábamos comiendo, despacito, en silencio, arrastrándose entre la maleza, como el otorongo cuando acecha a su presa. Todo ocurrió muy rápido. Eran cerca de una docena de hombres armados hasta los dientes. A los niños nos separaron de los mayores y con una cuerda nos ataron las manos. Lo último que vimos fue caer al suelo a nuestros padres y a los de otros niños, cuando trataron de defendernos. Les dispararon sin piedad. Nos subieron a una camioneta. No sé cuánto tiempo estuvimos viajando. Cansados de llorar toda la noche, nos despertamos cuando el Sol estaba justo encima de nuestras cabezas.

—Era mediodía —le dijo Urpy, que no cesaba de secar sus lágrimas.

—Se terminó la carretera, nos hicieron bajar. Bebimos un poco de agua y continuamos caminando. Delante iban dos hombres cortando el follaje con sus machetes para abrir el camino, y nos amenazaban: “al que

trate de huir, ya sabe lo que le espera”. Los otros mandrines iban a nuestros costados, y dos más al final. Siempre cuidando que nadie escapara. Ya era de noche cuando llegamos cerca de un río. El hombre que mandaba a los demás ordenó que nos detuviéramos y dijo que podíamos descansar. A mi hermana le dije que no se moviera de mi lado. Cerca de la media noche, cuando todos dormían, escuché que alguien me llamaba. Cuando reconocí su inconfundible voz, dije: “Dios no nos ha abandonado”.

—¿Quién era el que te llamaba? —con emoción, le preguntó la niña.

—Era mi amigo. Ya te lo presentaré alguna vez.

—Continúa, por favor. ¿Qué pasó después?

—Urpy le preguntaba con muchos nervios.

—Se acercó todo lo que pudo a la orilla y nos llevó muy deprisa, río arriba. Cuando estuvimos muy lejos de aquellos malvados hombres, le dije a mi amigo que nos dejara cerca de una aldea, para pedir ayuda y rescatar a los otros niños. Caminé con Pilar muchas horas, no te puedo decir cuántas. Cuando ya no podíamos dar un

paso más, nos tumbamos entre el follaje y ahí fue donde nos encontraste.

—Tenemos que salvar a esos niños. ¡Tenemos que hacerlo! —en la voz de Urpy había una mezcla de profunda tristeza y desesperación.

—Sí, tenemos que hacerlo —le respondió Marcelo con determinación.

Marcelo y Pilar ya eran dos miembros más de la familia. El niño manejaba con mucha habilidad la canoa y era el encargado de hacer los recados. Por su parte, Urpy había terminado los exámenes de medio año con buenas notas.

—¡Qué bien! ¡Hoy comienzan mis vacaciones! —exclamó Urpy llena de felicidad. Dejó la mochila en su casa, corrió sin detenerse hasta la orilla del río y se tumbó. Contempló embelesada el agua, apenas ondulada por el soplo del viento tibio. De pronto, sintió una profunda preocupación. Le faltaba el aire y un nudo en la garganta no la dejaba respirar. De sus ojos morenos comenzaron a brotar lágrimas de dolor. “Tengo que salvar a esos niños. Ten-

go que hacerlo, ya”. Pensó en las mil maneras de llegar hasta el lugar prohibido y descartó una posibilidad: definitivamente no podría ir caminando por la orilla, río abajo, porque podría tropezar con serpientes que matan antes de contar hasta veinte después de la picadura, o con otras que se tragan entero a un becerro; con caimanes que devoran de un solo bocado a un cazador, arañas peludas grandes como gallinas y ni hablar de todos los parientes del león que hay en la selva.

Urpy y Marcelo tenían la misma edad: ocho años. Marcelo se ufana de ser el mayor porque le llevaba tres meses a Urpy. En sus conversaciones siempre estaban presentes los niños que habían sido secuestrados por esos malvados hombres. Hacían muchos planes para rescatarlos.

Un día, como todas las mañanas, Urpy se iba a pescar para el desayuno. Hundió su cesta en el río, dejó correr la cuerda a la que estaba atada y esperó.

Poco después, una leve sacudida le indicó que había caído un pez. Tiró rápidamente de



4P



Isabel Córdova Rosas

Urpy y la piedra mágica del Amazonas

LA AMAZONÍA ES UNO DE LOS ESPACIOS NATURALES MÁS GRANDES DEL MUNDO, Y UNO DE LOS ÚLTIMOS REFUGIOS EN DONDE PODEMOS ENCONTRAR PLANTAS, ANIMALES Y PUEBLOS CONVIVIENDO EN PAZ UNOS CON OTROS. PERO ES TAN FRONDOSA Y REMOTA QUE, MUCHAS VECES, PERSONAS CODICIOSAS SE APROVECHAN DE SUS RECURSOS.

EN ESTA AVENTURA, URPY Y MARCELO, DOS NIÑOS HUAMBISAS, Y SUS AMIGOS (UN DELFÍN ROSADO, UN LORO Y UN MONITO TITÍ) VIVEN UNA PELIGROSA AVENTURA PARA RESCATAR A OTROS NIÑOS QUE SON OBLIGADOS A TRABAJAR EN LA BÚSQUEDA DE ORO Y DIAMANTES.

ISABEL CÓRDOVA ROSAS NACIÓ EN HUANCAYO Y ACTUALMENTE VIVE EN MADRID, ESPAÑA. ESTUDIÓ LITERATURA Y ANTROPOLOGÍA, Y HA SIDO MAESTRA E INVESTIGADORA. PERO LO QUE MÁS LE GUSTA ES ESCRIBIR HISTORIAS PARA NIÑOS, COSA QUE HACE TAN BIEN, QUE HA SIDO TRADUCIDA A MUCHÍSIMOS IDIOMAS Y ALGUNOS DE SUS LIBROS HAN SIDO PUBLICADOS TANTAS VECES, QUE ES UNA DE LAS ESCRITORAS PERUANAS MÁS EXITOSAS DE TODOS LOS TIEMPOS.

A PARTIR DE 7 AÑOS

ISBN: 978-612-4055-45-4

130737



9 786124 055454